

CÉSAR PÉREZ DE TUDELA - SAN JUAN DE LA CRUZ, Y LA «MÍSTICA» DE LAS «ALTURAS»

ENRIQUE LLAMAS, OCD.

Académico de Número de la Real Academia de Doctores de España
Profesor Emérito - Universidad Pontificia de Salamanca

PRESENTACIÓN

A PARTIR DE UNA ANÉCDOTA

Permitidme que inicie este trabajo recordando un dato reciente. Hace unos meses —no más de tres— me reunía con un amigo, catedrático de universidad —como yo—, y los dos, amantes de la investigación científica, y habituados a analizar documentos inéditos y manuscritos sobre la historia y las corrientes de pensamiento en las diversas épocas, sobre los hitos importantes en el desarrollo de la cultura y de problemas similares.

Nuestra conversación se deslizó hacia la situación en que se encuentra la investigación científica —en su más amplio sentido— en nuestros días. De los datos comentados dedujimos en consecuencia que la panorámica, o el campo de la investigación hoy es bastante reducido en las diversas áreas del saber. Incluso, numerosos temas, sobre los que se publican ensayos y estudios bien estructurados, no ofrecen —a nuestro juicio— grande interés para la ciencia. ¿Es que escasea, o se ha abreviado la tierra de cultivo para los estudios científicos sobre el Humanismo y las expresiones de la cultura, antigua, clásica y medieval?

Por nuestra parte, nos entretuvimos en hacer ejercicios dialécticos sobre diversos temas, como quien va pasando las cuentas de un rosario, y se detiene en algunas para repensar y analizar con mayor detenimiento su naturaleza y sus posibilidades, sugiriendo algunas pistas y orientaciones que podrían facilitar un estudio más amplio de los problemas.

En total, nos dimos cuenta de que la temática de la investigación sobre temas de carácter religioso, de filosofía y de teología, de humanismo, de historia antigua y clásica, de archivística medieval, etc., se ha reducido notablemente desde unos lustros a esta parte. Incluso, los catálogos de tesis doctorales defendidas en nuestras Universidades, proporcionalmente son más abreviados, e incluyen, a mi juicio, temas que en ocasiones son muy concretos y particulares, y bastante periféricos.

Se advierte, en consecuencia, poco progreso —por no decir cierto empobrecimiento en la investigación científica sobre los grandes temas de la cultura universal y perenne, que está en el origen y en la raíz de nuestra historia cultural: la cultura griega y latina, la del tiempo de la romanización de nuestra Hispania, incluso la de nuestros siglos de oro, del XV al XVII—.

No se puede hablar, en este caso, de una crisis propiamente dicha, aunque tampoco se pueda decir que estamos plenamente ajenos, o muy alejados de ella. Algunos filólogos describen la crisis, o la definen, por extensión, como «un momento decisivo de un negocio (asunto o situación) grave, y de consecuencias importantes»¹.

En el campo de la investigación de temas pertenecientes a la historiografía, a la religión y a la cultura católica en todas sus formas y en su mayor amplitud —que es una de las riquezas más auténticas y estimables de la humanidad—, para los temas relacionados con el humanismo y con la edad media de Europa, o con otros muy diversos aspectos, se está levantando un muro infranqueable que cerrará la puerta al conocimiento científico de épocas enteras de la historia.

¿Cómo llegar a conocer el pensamiento de los eminentes autores antiguos y de escritores de la Edad Media, tan rica y variada de contenidos, si no se conoce la lengua latina —como sucede hoy—, que es la lengua en que están escritos casi la totalidad de sus documentos, cuando no se dispone de traducciones, más que en número muy reducido?

Es preocupante la previsión que existe sobre el conocimiento de la cultura española de los siglos XVI y XVII —siglos de oro y de esplendor del saber universitario—, cuando gran parte de la literatura filosófico-teológica y de otras materias, incluso de las mejores obras, están escritas en latín, sin traducciones a otras lenguas. Dentro de unas décadas y a plazo no muy largo, esa cultura —que puso a nuestros filósofos y teólogos, y a algunos autores espirituales en la avanzadilla de la cultura religiosa—, será un cuerpo muerto, con pocas posibilidades de revivir. Ojalá me equivoque en estos juicios.

¿UNA REFLEXIÓN NOVEDOSA?

Ante esto, me ha parecido bien aportar en este estudio unas gavillas de temas y de problemas abiertos a la reflexión, y poner en conocimiento general y facilitar otros materiales, que pueden enriquecer la panorámica de los estudios de la investigación científica. Esta reflexión puede abrir nuevas perspectivas a los problemas, y puede también crear o ampliar, al menos, la franja de los temas que pueden dar lugar a numerosos estudios de carácter científico.

El estudio que presento aquí es una manifestación concreta de estas ideas y de este proyecto. No se trata de ideas abstractas, ni de formular una hipótesis en términos más o menos concretos. El tema de mi reflexión aquí tiene su fundamento en la realidad, y es una interpretación objetiva —no sólo conceptual— de unas realidades y de las actitudes y vivencias más profundas de sus protagonistas.

¹ Ver Alonso MARTÍN, *Enciclopedia del idioma*, Madrid, Aguilar (1968), 1, 1269.

Cuanto expongo aquí procede del conocimiento preciso de realidades que pertenecen a órdenes muy diversos, pero que son susceptibles de algunas relaciones entre sí, y de cierta intercomunicación en el espíritu, un fenómeno que trasciende el tiempo y los espacios.

Como veremos más adelante, estas reflexiones pueden dar lugar a estudios de investigación en el área de la antropología y la psicología comparada, de lo que está necesitada nuestra época: estudios interdisciplinarios en los que se relacione lo natural y lo sobrenatural —que son elementos complementarios—, no partiendo precisamente de la revelación divina en cuanto tal, sino de la experiencia de muchas personas excepcionales, que ofrecen pautas para la investigación espiritual y mística, antropológica y en el ámbito de la psicología.

SAN JUAN DE LA CRUZ - CÉSAR PÉREZ DE TUDELA

Una referencia a la «mística» y a las «alturas» nos sugiere y nos recuerda a San Juan de Cruz, doctor místico por excelencia, amante y cantor de los «valles» y las «alturas», que adquieren en la literatura mística una significación importantísima y singular.

Hablar de las alturas nos evoca también la figura de César Pérez de Tudela, que ha coronado las cimas de las más altas y agresivas montañas del universo, cubriéndose de gloria de forma sorpresiva. Sobre esto nos ha dejado una amplia literatura, que no es sólo una descripción de bellos paisajes y de arriesgadas subidas hacia la meta, cargadas de emoción, sino que constituye sobre todo una fuente para conocer las experiencias y vivencias *de espíritu*, en esas cimas más altas de la geografía universal. ¿Podemos relacionar estas dos figuras de nuestra historia, distantes en el tiempo y, diferentes —al parecer— en muchos aspectos de sus vidas, y en otras circunstancias determinantes? Sin restar nada al realismo y a la importancia que se puede conceder a las diferencias, pienso que se puede establecer una relación muy profunda a propósito de la mística de las alturas. Es un tema inédito. Pueden existir símbolos y metáforas comunes, incluso aspectos y actitudes, al parecer velados bajo una tenue sombra, sobre los que se puede, sin duda, ir haciendo luz.

He escogido como centro de mis reflexiones el testimonio de estas dos figuras, distantes en el tiempo, pero afines en sus vivencias íntimas y profundas en la transparencia del espíritu y a la luz sin límites de las «alturas». San Juan de la Cruz —en el siglo XVI— por un camino estrecho y angosto, en la noche oscura del sentido y del espíritu, tras una larga subida por el monte de la perfección, que él traduce por el Monte Carmelo, coronó la cima más alta de la ciencia y de la sabiduría mística. César Pérez de Tudela, uno de los genios y héroes del alpinismo en nuestros días, ha escalado las cimas más altas de las montañas solitarias, y nos ha dado a conocer con realismo sus vivencias más profundas en la soledad de las «alturas».

Tomando como centro de consideración, o de reflexión, el hombre y la naturaleza, intento acercar y relacionar la vida sobrenatural y la experiencia de la persona con fenómenos naturales, dotados de un mensaje y de un simbolismo, no de capricho, sino enraizado en el corazón de la misma naturaleza, y en su fenomenología más profunda. Se relaciona la mística, que es un fenómeno de alturas, con la experiencia de coronar las cimas más altas de la orografía, en las que el alma, sensible y cultivada, se siente desligada de sí misma, como colgada entre el cielo y la tierra.

Personas de valores excepcionales, a las que nadie puede imputar ni excesos, ni equivocaciones, ni falta de conocimientos suficientes, han disfrutado de estas, o similares experiencias. Este fenómeno no está al alcance del común de las gentes, como no está a su alcance la escalada para coronar la cima del Everest o del Aconcagua. Pero el fenómeno existe, y existen también las expresiones o manifestaciones de las vivencias, propias y casi exclusivas de esas alturas, de quienes han llegado —después de una tenaz subida— a vivir en ellas.

AFINIDAD EN EL «MISTICISMO»

La vida y la contemplación mística tienen cierta afinidad con las vivencias del alpinista que corona las cimas más altas de las montañas, en un día de sol y de suave brisa. La antropología cultivada y desarrollada bajo el magisterio de una conciencia lúcida, arroja y oculta fenómenos, sensaciones, vivencias interiores y experiencias inefables, que por dispares que parezcan, tienen algunas relaciones, que pueden ser entre sí complementarias.

El núcleo de mi reflexión quiere conjugar dos experiencias y dos vivencias en cierta manera dispares: la experiencia mística más pura, por una parte, y por otra la experiencia de coronar en soledad una cima a miles de metros de altura.

No intento hacer comparaciones entre una y otra, y mucho menos entre los protagonistas, o quienes han vivido esas experiencias, que se encuentran y se funden en la «altura», en la mística de las alturas. Los protagonistas de estos fenómenos los he elegido solamente como exponentes de una realidad, que se presta a la reflexión más atractiva del pensamiento humano.

San Juan de la Cruz es el exponente más representativo de la experiencia mística, porque es el Doctor Místico por excelencia, y el que nos ha dado a conocer con mayor lucidez y clarividencia sus profundas experiencias interiores, en los poemas y en los comentarios a sus versos, que constituyen el contenido de sus libros maravillosos.

Desde el punto de vista de la experiencia del alpinismo y de la lucha por culminar y someter a su dominio las cumbres inaccesibles, me he fijado en el doctor César Pérez de Tudela, que personaliza todos los valores en ese campo, y con relación a otros fenómenos similares. Él goza de un prestigio, justamente adquirido, y es un testimonio viviente y la más pura personalización de cuanto he de exponer en mi trabajo, y aun de otros fenómenos similares a lo que es la contemplación desde la cima de una montaña, conquistada en una fuerte lucha y tenaz empresa.

Pérez de Tudela —en espíritu— está muy cerca del Doctor Místico. La luz y la enseñanza de sus libros le ayudaron a conocer mejor sus experiencias en las alturas, donde se adquiere una misma ciencia: la «mística» de las alturas.

1. BREVE SEMBLANZA DE CÉSAR PÉREZ DE TUDELA

1.º César Pérez de Tudela. ¡Quién no le conoce! Todos los que aman la naturaleza y cultivan la ecología, los que se deleitan en el recuerdo luminoso de la belleza incontaminada de las serranías y de las cimas de las montañas —que en el más pro-

fundo silencio cósmico y en la voz de cascadas proclaman la gloria de Dios— contemplan su figura con sorpresa y añoranza. Los que gustan exponerse al riesgo de las alturas y del alpinismo más arriesgado y exigente —como arte de dominar lo insuperable— admiran las conquistas de Pérez de Tudela, y sus creaciones, en el sistema de abrir caminos inéditos y utilizar recursos, para escalar las montañas y desvelar sus caras de misterio, todavía desconocidas.

Pérez de Tudela añade a estos otros valores, tanto y más importantes, cuanto son menos conocidos y considerados. Es un místico de las alturas, que enlaza con grandes figuras, míticas y religiosas, que describen y utilizan las cimas de los montes y colinas, como acontecimientos en primer lugar, y como conceptos y escenarios para explicar los fenómenos más altos y encumbrados de la vida del espíritu. San Juan de la Cruz, el príncipe de los místicos de la iglesia católica, es un ejemplo incomparable, que encierra tesoros aún no explotados, bajo este sentido. A la luz de su teología y de su pedagogía mística se esclarecen y se dignifican muchos momentos, fenómenos y sucesos de la vida de Pérez de Tudela.

Yo tengo grabada desde hace muchos lustros su imagen en mi memoria, como escalador de las montañas más agresivas de la orografía universal. En mi juventud vivía con profundidad y experimentaba esa zozobra interior, que se convertía en inquietud y asombro durante algunas escaladas escalofrantes de Pérez de Tudela, colgado de un puntal entre el cielo y la tierra: «Cuarenta noches colgado de las Torres de Baltoro», dice él mismo. ¡Con qué emoción seguíamos día a día su ascenso a montañas quebradas y a cimas emblemáticas por caminos aun no transitados!

2.º César Pérez de Tudela es una figura polifacética. Aúna en su persona cualidades y actitudes muy diversas, unidas con el emblema de las «alturas». Su figura presenta una bella armonía de aspectos y de sentimientos que parecen distantes y casi opuestos entre sí. Pero, todos vienen a conjuntarse armoniosamente en las «cimas», o en las «alturas», que podemos contemplar como valores geológico-geográficos, deportivos y poéticos, y teológico-místicos, precisamente a la luz de las enseñanzas de San Juan de la Cruz, Doctor Místico por excelencia, y el más sublime y más alto poeta lírico de nuestra historia literaria (Dámaso Alonso). Veamos:

Pérez de Tudela es Abogado y Doctor en Ciencias de la Información, alpinista de avanzadilla, explorador de campos y tesoros inexplorados hasta entonces, periodista y relator de hazañas heroicas. En su espíritu, altamente sensible ante la belleza de la naturaleza, de esa naturaleza todavía no contaminada ni desfigurada por la mano del hombre, que cantó tan bellamente San Juan de la Cruz:

«Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas.../...
¡Oh bosques y espesuras!
Plantados por la mano del Amado.../...
Mi Amado las montañas,
Los valles solitarios nemorosos, Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonoros...»²

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, cs. 3, 4, 14.

Esta es la naturaleza pura como la nieve, limpia y transparente, como la atmósfera que abraza las cumbres más elevadas del planeta. Pérez de Tudela está considerado como uno de los exploradores que más han contribuido en la actualidad al cultivo de esta ciencia, y que más han influido en la sociedad, ayudando a mentalizar a los vocacionados para esa profesión: el alpinismo más arriesgado, exploración y respeto a la naturaleza, sin herirla ni alterarla.

En su vida resaltan el amor y sus preferencias por las aventuras en las montañas. En esos escenarios, a distancia de miles de kilómetros, empleó mucho tiempo de su preciosa vida. No es difícil acercarnos a sus sentimientos en estos prolongados quehaceres a lo largo de su existencia. No es difícil tampoco descubrir aquí la «dolencia» —es un término de San Juan de la Cruz— y el anhelo que experimentaba por relacionarse y conocer las cimas más altas y escabrosas del planeta, y someterlas al imperio y al poder de su arte personal característico en la práctica del alpinismo.

3.º La figura de Pérez de Tudela es polifacética. En su contemplación se nos proyecta como un poliedro luminoso, que presenta muchos aspectos dignos de ser estudiados detenidamente. Aparte de su historia externa, como profesional del alpinismo, ha vivido una vida interior mentalmente profunda, que ha dado firmeza y consistencia a todos sus actos.

Ha sabido matizar sus sentimientos y sus experiencias vocacionales con valores culturales y de carácter religioso. Me refiero a sentimientos del corazón, que elevaron sus vivencias en la soledad transparente de las cimas de las montañas, a una experiencia mística, adquirida por otro camino, y en una cima distinta a la del Monte de San Juan de la Cruz.

La preparación y las disposiciones para la subida a la cumbre de una montaña estaban para él revestidas, o brotaban también de un sentimiento en cierto modo religioso. Así, las metáforas y las expresiones que utiliza para reflejar los fenómenos del entorno, coinciden con las que proponen y usan los más clásicos autores espirituales.

Para López de Tudela, *la cima es espíritu*. Ni un ápice de materia. *Es el punto que aspira al cielo y al infinito*³. La «cima» es para él polivalente. Encierra el secreto de un misterio. «¿Qué tiene la cima?» —se pregunta más de una vez— o es conocimiento; por eso, desde allí, *«la arista del ascenso parece realmente un camino celestial, iluminado por los primeros rayos de la tarde»*⁴.

El ascenso a la cima, para un escalador del temple de Pérez de Tudela, exige —en metáfora— lo que los autores espirituales, y el mismo Juan de la Cruz, designan y llaman «purificación», renuncia al peso de las imperfecciones. El alma tiene que «adelgazarse», con la renuncia a muchas cosas del mundo, para ascender por el camino estrecho. Es abandonar en el inicio de la ascensión el atillo y la mochila de los propios apetitos, que comportan el peso del amor propio, y arrastran las cadenas de las imperfecciones.

³ Ver C. PÉREZ DE TUDELA, *El Lama Milarepa. El mandato del alma: enseñanzas para el aprendizaje de la vida*, Barcelona, Belacqva, 2002, pág. 91. Citaré *El Lama*.

⁴ Ver *El Lama...*, pág. 92.

La misma idea desarrolla Pérez de Tudela, en una forma generalizada y metafórica, cuando describe el comportamiento de Barón, protagonista de alguno de sus libros, al preparar la escalada hacia la cima. Reconoció que no debía cargar ni el saco ni la mochilla. «Tengo que ir —decía— *más ligero de peso; no puedo llevar carga; nada más podré con el peso de lo imprescindible*⁵.

No nos sorprende que en otra página contemple el ascenso a la «cima» de la montaña como «el camino del Calvario», por el esfuerzo, el dolor, el sufrimiento y las privaciones que hay que soportar. Nada de esto puede parecer extraño a quienes tengan un conocimiento del desarrollo y el progreso de la vida del espíritu, que se explica y se da a conocer por simbolismos y por metáforas, que en la práctica del alpinismo algunas se aplican en su propia realidad material.

La «cima», como una realidad culminante, encierra muchas perfecciones y es punto central de muchas referencias. La visión de Pérez de Tudela se extiende a otros muchos aspectos que descubre un conocimiento muy singular: el conocimiento de las «cimas». Al llegar a la «cima», después de soportar una andadura jadeante, «se pierde el sentido del tiempo y del espacio, porque se ha descubierto una panorámica, lo más parecido al cielo».

Es la visión que ha experimentado quien más se ha acercado a él, desde la cima más alta, en la conquista de la paz del universo. Por eso, ha adquirido y mantenido el concepto y la experiencia más integral de las alturas. La «cima» de las montañas es —dice—: «*un mundo erguido hacia el cielo: refugio de lo sobrenatural, de lo sagrado, de lo mítico, simbolismo vertical de la altitud en la relación de la ascensión física y la ascensión moral. La cúspide de la felicidad.*

—¿Felicidad en la cima, Barón?

—Sí, la vida feliz está siempre en lo alto⁶.

Estas frases reflejan los rasgos de la vida y de la personalidad de Pérez de Tudela, en lo que tienen de más particular y característico. En esa atmósfera se asoma a veces furtivamente el vértigo y la desconfianza de lo que gratamente sorprende; la incertidumbre y el riesgo de alimentar unos sentimientos y unas vivencias que en ocasiones aparecen inexplicables.

El mismo, en su amplia, rica y variada literatura, da respuesta y solución a las dudas, y esclarece el significado y el contenido de los momentos más luminosos de su vida.

Avanzando en sus reflexiones encontramos esta auto-confesión, que puede aplicarse a todas sus grandes conquistas de las alturas: «*Todo lo que estaba viviendo en aquella carrera, por el espacio, fuera ya de la tierra, en aquel recorrido místico, lleno de dificultad, y rodeado de la niebla de inconsciencia, lo situaba fuera de la vida. Pero, al mismo tiempo la vivencia se contradecía, por la rigurosidad “yo añadiría: la precisión y la exactitud”, la riqueza de datos ciertos, visiones exactas y gestos claros*⁷,

⁵ *El Lama...*, pág. 83.

⁶ Ver *El Lama...*, pág. 94.

⁷ Ver *l.c.*, pág. 96.

que son fruto de experiencias extraordinarias, que afectan singularmente al sistema gno-seológico y al ámbito de los sentimientos».

Cuanto más reflexiono sobre las descripciones que Pérez de Tudela hace de los fenómenos y experiencias vividas en las cimas de las altas montañas, meditó sobre su valor y la dimensión de sus significados... descubro mayores afinidades con los sentimientos y las expresiones de los místicos. Parecerá difícil, y casi imposible. Pero, me atrevo a afirmar que en el fondo del espíritu humano hay una semejanza de imagen y de sentimientos, que despiertan, reviven y se expresan de formas similares, motivados por estímulos de diversos modelos, o de órdenes distintos.

Quiero asociar, para cerrar este apartado, una descripción de Pérez de Tudela, a lo que afirma y al modo como lo hace Santa Teresa de Jesús, dando a conocer uno de los altos fenómenos de la vida mística, una llegada a la cima de la contemplación. El protagonista de una obra de ficción de Pérez de Tudela, que tras muchas peripecias llegó a coronar la cima más alta de la montaña: «...*tenía necesidad urgente de hablar con alguien, después de los varios días de hablarse a sí mismo. Necesitaba decir que había llegado, que estaba allí en lo alto, aunque fuera moribundo*»⁸.

La mística de la cima: Esto es efecto, al natural, de ese fenómeno que es la victoria que la persona consigue superando la dificultad y los riesgos de las alturas: desea hacer participantes a los demás de su alegría y de su triunfo.

En el orden espiritual y sobrenatural, Santa Teresa de Jesús se sintió protagonista de un fenómeno similar, porque hablando del alma en general, habla de sí misma. Y explica, cómo el alma, que ha experimentado algunos fenómenos místicos, en la unión íntima con Dios por el conocimiento y el amor, que es llegar a la cima de la contemplación, «*querría que todos la viesan y entendiesen su gloria para alabanza de Dios... y para que la ayudasen a ella, y darles parte de su gozo*»⁹.

Un fenómeno similar, salvando la diferencia del origen de su inspiración, con unos efectos parecidos, que se generan dentro del marco de una psicología cultivada y alimentada por la belleza de lo maravilloso.

Como éstas podríamos anotar otras coincidencias y semejanzas, que manifiestan la armonía del ser humano, y el sentido de complementariedad que tiene lo sobrenatural y más perfecto para las perfecciones naturales, de las que está dotada la naturaleza y la persona humana. Precisamente en las «cimas», o en la «mística» de las alturas es donde se manifiesta la unidad de las personas humanas, capacitadas para percibir y desarrollar la experiencia profunda de lo maravilloso en el orden natural y sobrenatural.

La cima, dice Pérez de Tudela, es espíritu. Es camino en vertical del cielo. Allí se funde en una «unidad de todas las aristas, que son las diversas vías para llegar a Dios, y los caminos quebrados que llegan hasta la “cima”».

⁸ Ver *El Lama...*, pág. 100.

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, 16,3.

II. EL MISTICISMO DE LA MONTAÑA

1. Aparte de todo, Pérez de Tudela captó y empatizó con el «espíritu del misterio», o con el «misticismo de la montaña». Él mismo se ha definido en alguna ocasión como «un apasionado por la mística de la exploración alpina y la escalada». Porque la montaña no es solamente un accidente, o una circunstancia topográfica. Eso es lo meramente material. Pero, en el campo de la cultura, de la literatura y de la religión, cada montaña es un símbolo y una metáfora, una figura literaria, una evocación para alimentar sentimientos más altos, en el orden espiritual.

Para él las «cimas» de las montañas han significado, y representan algo más sublime, más allá de la realidad física y orográfica. Son algo connatural a la psicología y a las aspiraciones de la persona humana, que busca la superación personal y afrontar el reto de las alturas. Pérez de Tudela lo experimentó así. *«Cada vez —dice— tengo más claro que las cimas son los “cervinos” de la ilusión, fuente de la juventud permanente. Hasta hoy nunca mi vida me resulta fascinante; soy quien quise ser desde niño».*

Y su vida —lo confiesa él mismo—, agradeciendo sólo al Señor su «vida excelsa de estudioso de la aventura y de explorador de montañas».

Pero su vida es ante todo un mensaje, sobre lo que puede ser la vida de una persona, vivida en profundidad y anhelando vivencias y experiencias fuertes, superados los peligros, y contemplando la vida desde las alturas.

«Mi experiencia personal es reveladora; entré en las montañas cuando era adolescente... Buscaba en ella mi dimensión: saber quién era, y un conocimiento más hondo de la realidad. Enfrentándome a ellas, descubrí la belleza, la alegría y la responsabilidad...

Ahora busco ser buscador de sentimientos. He descubierto por fin las cimas.

Son el camino de la luz y el sendero vertical que conduce a la cumbre, el mejor lugar para la meditación profunda. Las montañas son fundamentalmente aventura mística y meditación trascendental, el camino que puede llevarnos a la bondad... La cima en su soledad, misterio y altitud, es metafísica, la relación simbólica de la ascensión física con la ascensión moral, ascensión a las cimas de este mundo, que son las cimas de la vida».

2. En la historia de las religiones y en la literatura religiosa, principalmente la judaica y la cristiana, las altas montañas son lugares sagrados que sobrecogen; son consideradas como la morada de la divinidad y lugares en los que Dios se manifestó de formas extrañas y sorprendentes, y se comunicó de formas insólitas con algunos personajes singulares de la historia de la religión.

Abraham subió al monte Moria, por indicación de Yahavé, para sacrificar en la cima a su hijo Isaac, protagonizando el acto de la más alta y profunda obediencia a la voluntad de Dios. Moisés pisó las cimas de los montes bíblicos: Sinaí, Oreb y Nebo, entre otros. La comunidad judía veneraba el Monte Carmelo, porque había sido santificado por la presencia mística del profeta Elías; más tarde lo han venerado y lo

veneran los cristianos, y de manera particular los Carmelitas. En la predicación de Jesús de Nazaret aparecen dos montes con notas de singularidad: El monte Sión y el monte Garitzin. El mismo Jesús de Nazaret escogía las cimas de los montes para hacer oración, para predicar, y para vivir algún tiempo en mística soledad, como conocemos por los relatos evangélicos. Escogió la cima del Tabor como lugar de la transfiguración. Subió también a un monte para dar a conocer las bienaventuranzas. Y en la cima de un monte se despidió de sus apóstoles, y desde allí subió a los cielos.

En otras religiones se han considerado las cimas de los montes, heridas por los primeros rayos del sol, o apresadas por los brazos de las altas nubes, como refugio de las divinidades y de los espíritus divinales, que atraviesan la región de los astros cumpliendo la voluntad del gran Dios.

3. Los escritores místicos de todos los tiempos han sentido veneración por las montañas y por las cimas sagradas. Es muy amplia y muy variada la literatura mística en este sentido.

Algunos autores han considerado los montes como objetos de pedagogía espiritual o escenarios en los que tienen lugar los más elevados fenómenos místicos entre Dios y el alma, u otras experiencias altísimas de conocimiento y amor. La «subida» a la cima ha servido para marcar y describir todo el camino de perfección que debe recorrer el alma hasta llegar a la altura de la unión íntima de su voluntad con la voluntad de Dios, hasta llegar a la cima.

Bajo este aspecto se pueden citar dos obras clásicas en el misticismo español del siglo XVI: la *Subida del Monte Sión* (1538), del franciscano Bernardino de Laredo, y *Subida del Monte Carmelo* (1618), de San Juan de la Cruz.

III. ANÁLISIS DE DATOS

1. Aparte del valor y del sentido puramente religioso, estas realidades tienen un sentido amplio y profundamente simbólico, cósmico y fenomenológico, antropológico y espiritual. Las montañas —al margen del sistema de la creación y también de las teorías evolucionistas— no son sólo promontorios, protuberancias o accidentes topográficos, que se elevan sobre la llanura humilde de la tierra. En su acepción mítica son el símbolo, estático e inmóvil, o la expresión y plasmación de un deseo ardiente, o de la aspiración inserta en el corazón del ser humano, de conquistar la altura, de conseguir el dominio sobre la cima, para contemplar la dilatada panorámica de la llanura sin tropiezos, signo de la liberación del espíritu, sin fronteras.

2. Todo esto no deja de ser una sorpresa, y causar admiración, como todo lo inefable, ante lo cual somos torpes en reaccionar. El alma contemplativa, dueña de sí misma, se siente impulsada a vivir sensaciones sorprendentes, a veces inéditas, a pesar de las dificultades que entraña la conquista de lo inefable, y aún con el riesgo de carecer de algunas seguridades.

El cultivo afectivo y espiritual de estos sentimientos, máxime si la persona está dotada de una intuición poética, rayana con el misticismo y con la capacidad de vivir interiormente fenómenos inéditos, como los ha vivido Pérez de Tudela, es un título de valor que caracteriza y resalta toda su obra.

Podríamos recoger aquí numerosos testimonios que avalan esta afirmación, y que son una garantía para el reconocimiento de estos y otros méritos en César Pérez de Tudela: en su figura polifacética, en su historia viva, y en su obra escrita y bellamente documentada.

Pero, más que recordar y describir algunos hechos concretos, e interpretarlos, prefiero recoger dos frases tuyas, preñadas de contenidos, que son equivalentes —en más o en menos—, a definiciones de su personalidad, y que, a mi juicio, merecen una glosa:

a) En una ocasión escribía: «*Creo que las cimas son también el camino del saber*». Sin duda. Es un dato de su experiencia, a la que él está tan acostumbrado: «*la experiencia de la cima*», que —salvando las distancias— podemos valorar en forma similar a la *experiencia mística*.

Podemos definir a Pérez de Tudela como el *hombre de las cimas*. Escaló y sometió a su dominio las más importantes de la orografía universal. Se acostumbró a vivir en las alturas, gozando de la libertad de los vencedores en la lucha. Sin duda que al respirar el aire puro e incontaminado de la altura experimentó como un riego vivificador de su propio ser y de su espíritu, purificado y libre de opacidad para conocer en dimensión las realidades vividas y los objetos contemplados desde la cima. ¡Cuántas estrellas —reflejos de la verdad— divisó desde aquellas alturas! ¡Cuántas verdades, de carácter antropológico y vivencial, aparecieron clarificadas ante sus ojos!, los ojos de su espíritu, tersos y límpidos de toda mota.

Las cimas son el camino del saber: para los filósofos es la metafísica del saber, establecida en la cima del conocimiento. Para Jesús de Nazaret es la cima del monte, de las bienaventuranzas. Para un místico, a lo San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús, es el conocimiento místico, que el alma aprende, o recibe en la cima del monte de la perfección, que es Cristo.

No cabe duda de que en la cima de la perfección —como en la cima de una montaña, a cuatro mil metros de altura—, el alma se siente liberada de toda imperfección, de todas las adherencias que pueden entorpecer la función del conocimiento. El espíritu, iluminado por la fe, se siente ágil, abierto a la luz inmensa que irradian la belleza y la armonía de la creación en esas panorámicas inabarcables que se divisan desde las cimas de las más altas cordilleras.

Así se dilató, por citar un ejemplo, la capacidad de conocer de la carmelita Beata Isabel de la Trinidad († 1906), cuando contempló, entusiasmada y sorprendida, la hermosura de la naturaleza desde algunas cimas de los Pirineos occidentales, de Suiza, de los montes del Jura y del entorno del Mont Blanch. A más de dos mil metros de altura, en regiones cercanas a Pau, y en el entorno de la ciudad de Luchon, que ella bautizó con el título de «Reina de los Pirineos», experimentó momentos de *éxtasis mudo ante aquellas bellas montañas, que la volvían loca, y que nunca hubiera querido dejar* (Carta n.º 15, 1898).

Hace siete años yo mismo comentaba admirado esta sensibilidad de la Beata Isabel: animada «*por un espíritu de superación consiguió también el liderazgo en su labor espiritual con sus compañeras y amigas, hasta llegar a la cima de la santidad*».

Esto tenía para ella el mismo encanto que escalar la cumbre de las montañas y contemplar desde allí la panorámica maravillosa de la naturaleza o de los misterios de Dios... La visión desde las cumbres de las montañas fue algo fascinante. Allí llegó Isabel “al culmen del entusiasmo”, a la cima de las emociones sensibles estéticas, contemplando desde las alturas las maravillas de la creación y los profundos misterios de la naturaleza, que a ella le evocaban el profundo misterio y el abismo sin fondo del alma, invadida de la luz divina».

Pérez de Tudela descubrió también, a través de su experiencia, que *las cimas son camino del saber*, en su más amplio sentido. Las emociones, el asombro ante la belleza, el *éxtasis mudo* que sin duda él experimentó en más de una ocasión, la contemplación de las maravillas de la creación, son sensaciones que provocan y hacen brotar en el espíritu rayos de luz, que alumbran nuevas ideas, que dilatan el conocimiento.

Todo esto rima con las enseñanzas y la sensibilidad de los místicos. Por eso —y por otras razones— San Juan de la Cruz encamina a las almas en el libro de la «*Subida del monte*», y en particular al alma del «*Cántico Espiritual*», a la que conduce a la cima del monte, que bajo el aspecto del simbolismo puede ser el monte Carmelo. La cima representa el grado más elevado de perfección a que llega el alma: *al monte* y *al collado*, que significa una altura suprema, *do mana el agua pura* (CE c. 36), y transparente, que significa el conocimiento más alto y más profundo de los misterios de Dios y de Jesucristo; porque la cima es *el camino del saber*.

b) Los valores morales, humanos y humanistas, profesionales, filosóficos y místicos, incluso literarios —como intuición la poética— de César Pérez de Tudela, que gusta escalar las cimas del saber, se expresan y sintetizan en esta frase: «*Mis experiencias, en una ida larga y arriesgada, me están llevando a singulares reflexiones, que pertenecen instintivamente al campo del saber filosófico, místico y poético*».

Hay que suponer que esta frase acoge y agavilla múltiples series y aspectos de conocimientos. Aunque Pérez de Tudela los reduce a tres categorías: filosofía, mística, y poesía, parece obvio que sus experiencias abarcan mucho más de lo que significa esa triada. Queda al margen la ciencia de la experiencia misma y de la historia vivida, que es maestra indiscutida para juzgar los hechos y los comportamientos.

Pero, aun esto mismo está influido y expresado en otros muchos pasajes de la obra literaria del gran alpinista, invencible ante sus proyectos. No podía fracasar, porque había impactado con el espíritu mismo de la naturaleza.

Pienso, por otra parte, que Pérez de Tudela se define aquí, a sí mismo, desde el corazón y desde el sentido de su vida; desde una valoración *a posteriori*, en la que se tienen en cuenta los valores permanentes de su personalidad. Esta vida, interpretada en clave del misticismo, según la doctrina de San Juan de la Cruz, podemos entenderla como una glosa —sin pretenderlo— de esa misma doctrina. En su mejor parte esta glosa, jugando con el simbolismo de la vida mística, podemos entenderla como una descripción de algunos datos y fenómenos fundamentales, vueltos a lo divino.

San Juan de la Cruz había «vuelto así: a lo divino», algunas piezas más interesantes de la literatura pastoril y amorosa de su tiempo. Por ejemplo, el poema de «*El Pastorcito*», y las coplas de: «*Entréme donde no supe*», y «*Tras un amoroso lance...*», etc.

Con esta clave algunas piezas y fenómenos de la vida de Pérez de Tudela adquieren otro sentido y alcanzan otra cima. La misma reflexión que él ha hecho sobre momentos de su vida la sitúa en el campo del *saber místico*.

El amor a las «cimas» fue una inclinación connatural en él, algo espontáneo en su vida. Coronar la cima de las duras y más rebeldes montañas fue para él una experiencia, más allá del placer de lo meramente sensitivo. Sus vivencias en la contemplación de la naturaleza, en aquella soledad impresionante, en la que la persona está acompañada sólo por sí misma y por la presencia del Dios, que abraza con amor la creación.

En una situación como ésta sintió y descubrió, en el ápice más alto de su conocimiento filosófico, la presencia envolvente del Creador, en una dimensión universal; porque, «*La cima es un camino para el conocer*». Y ¿qué es en sí, donde se sitúa ese «ápice» del conocimiento? Puede ser, tal vez, la abstracción de lo material y terreno, que el entendimiento puede hacer, precisamente cuando se siente en la cima de la montaña, liberado de ataduras y condicionamientos. Todo le queda muy lejano. Sólo Dios y el propio ser, constituyendo una unidad en la experiencia vivida, activan las funciones del entendimiento, que penetra con mayor sutileza, claridad y profundidad la realidad de las verdades.

Todo puede suceder en la altura que une el cielo con la tierra. Sería interesante conocer y comparar las vivencias interiores y las experiencias de alpinistas, perdidos y solitarios en la cima más alta de un sistema orográfico. En esas alturas, por encima de lo que el ojo logra ver, y el sentido percibir, en el contacto del ser, desnudo de otros condicionamientos, el entendimiento que es capaz de experimentar el *éxtasis mudo*, puede actuar en forma similar a como el alma ama y conoce en la cima del monte de la perfección, que es Cristo. Digo de forma «similar» porque los contenidos de la contemplación en la vida mística son un don de Dios, que no tiene plena semejanza con el ejercicio del conocimiento y el amor, en el ámbito de la vida simplemente natural.

3. San Juan de la Cruz amaba también las alturas. Todo su anhelo fue conducir y encaminar las almas a la perfección, hasta coronar la cima del monte, que él mismo dibujó para el pórtico de su libro: «*Subida del monte...*» Como el águila real, el alma de la «*Subida del monte...*» emprendió rauda su vuelo para coronar la cima; *voló tan alto, tan alto, que le dio a la caza alcance*.

Establecida en la cima de ese monte, el alma goza del exquisito convite, o banquete del espíritu, que significa su comunicación y la unión íntima de su voluntad con la de Dios: *iuge convivium* = delicioso banquete (espiritual). Porque la cima del monte es la morada de la divinidad, lugar de encuentro y de comunicación interior con el Dios, que es amor.

Para Juan de la Cruz el monte, las alturas, la cima, el vuelo, ocupan un lugar relevante en la estructura de su sistema espiritual. Pero, son símbolos de una realidad más profunda: de la santidad y de la perfección más cimera del alma; porque en la realidad y en sentido propio, Dios no mora en la altura, ni en la cima, ni en los valles, ni en las colinas, aunque su presencia llene todas las cosas; sino que mora más propiamente, en el orden espiritual y sobrenatural, en el interior del corazón de la persona. La santidad consiste en el conocimiento más perfecto y en el amor más puro que el alma puede alcanzar, el más semejante —casi hasta la identidad— al amor de Dios.

En la vida y en la configuración espiritual e intelectual de César Pérez de Tudela las montañas, las cimas, las alturas, la escalada... tienen una importancia determinante, como realidades ligadas a los momentos más característicos y decisivos de su vida. Pero también han tenido un sentido simbólico y un valor de parábola para su vida y sus actividades.

Las cimas y las alturas, en la crónica biográfica y profesional de Pérez de Tudela no son solamente realidades abatidas y dominadas, gracias a su tenacidad, a sus esfuerzos, y al *arte, y al fino conocimiento de los secretos del alpinismo, y de los caminos a seguir para llegar a la meta*. Son también caminos del saber. Esto es lo importante, y lo que tal vez no han conseguido descubrir ni vivir otros alpinistas.

Pérez de Tudela ha vivido muchas horas, muchos días en las alturas; horas intensas de descanso y soledad, de alegría y comunicación en las cimas más altas de las cordilleras. En ellas experimentó también el gozo y la felicidad de lo que simbólicamente es el dulce banquete —el *iuge convivium*— = delicioso banquete, que San Juan de la Cruz sitúa en la cima del monte de la perfección.

En esas alturas —nos dice el mismo Pérez de Tudela— él tuvo vivencias y *experiencias* poco conocidas, que fueron origen de *reflexiones singulares*, de las que recibió altos conocimientos. Porque en esas reflexiones concurren saberes de diversas materias. Sus contenidos pueden referirse a diversos objetos. Pero todos quedan comprendidos en el campo del conocimiento más perfecto, en las áreas de la filosofía, de la experiencia o de la intuición mística, e incluso en el saber poético.

4. Puede ser este un momento adecuado para proponer una cuestión importante: la del «conocimiento místico», en cuanto tal, que no aparece registrado, catalogado, ni reconocido en manuales de psicología, ni de filosofía, entre las fuentes del conocimiento humano. Su existencia, como conocimiento específico, queda relegada a los tratados de teología mística, sin pretensiones didácticas, y a las obras de los grandes místicos.

El «conocimiento místico», como tal, es un hecho, una realidad innegable, que recibe su caracterización del principio o del fundamento de su misma existencia. Puede ser un conocimiento de carácter teológico, por sus contenidos y sus formalidades. Pero, no por sus principios, ni por su estructura. El «místico» es un conocimiento experimental que nace de una experiencia singular, que Dios comunica como un don y una gracia a algunas personas. Para estas personas su conocimiento de la realidad y del objeto contenido en su experiencia está al mismo nivel, y tal vez más alto, que el conocimiento que adquiere el físico, como resultado de una experimentación propia de su materia.

La experiencia mística es la fuente de un conocimiento experiencial, singular y característico, según su naturaleza y su contenido. Ahora bien: el conocimiento místico —en un sentido amplio, pero verdadero— puede brotar de la experiencia o de la experimentación de lo *inefable*, que puede pertenecer al orden natural y sobrenatural. La «*mística de las alturas*» puede incluir elementos y vivencias experimentadas en las «cimas» de las montañas, arropadas e iluminadas por la luz de la fe, que cobran un matiz espiritual y teológico.

Por eso, Pérez de Tudela ha podido decir, entre otras cosas, que «las cimas de la tierra le han enseñado la permanente necesidad de renovación espiritual», que da sentido a la existencia humana. Según su propio testimonio, él bajó de las altas

montañas muchas veces, agotado en el cuerpo, «*pero, con una agudeza en los ojos propia del visionario que ha penetrado en la metáfora de la existencia*». Su vida, en lo más característico, le ha dado un cúmulo de conocimientos, comunes y singulares, espirituales y místicos, clarificados en las alturas, que le sugirieron el deseo de «*enseñar a los hombres el sentido de su existencia*». Es indudable que en las cimas de las montañas, en las alturas se adquiere un conocimiento que tiene algo singular, característico y diferencial, que se acerca al conocimiento de que hablan los grandes místicos.

5. La vida de C. Pérez de Tudela, como la de San Juan de la Cruz, ha sido una aspiración tensa y continuada a las alturas, a la conquista de la cima, que es siempre *camino de conocer*. El simbolismo y la metáfora, con sus semejanzas y diferencias, relaciona y acerca a estos dos genios de las alturas, que nos ofrecen múltiples temas de reflexión, por y bajo distintos motivos.

La imagen, o el emblema que nos presentan —digamos para concluir— es la *escalada* de un monte, en una dinámica ascendente, siempre «hacia arriba». Juan de la Cruz trazó, en signo vertical, la «escala» del espíritu, difícil de entender y de seguir con fidelidad. Es el camino que recorre el alma, por la «*secreta escala disfrazada* (Noche Oscura), hasta llegar a la cima del monte. Allí está la quietud y la felicidad, el *delicioso banquete* en un remanso de paz, que el alma protagonista de la historia espiritual de los libros del Doctor Místico expresa en esta estrofa del poema:

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado; Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado»¹⁰.

¡Qué bien, y qué acompasada habría resonado la recitación de esta estrofa, al llegar a la cima del monte, superadas las fatigas de la *escalada*, e iniciados el descanso y la quietud, y el relajamiento del espíritu, conquistada la meta, en algunas de las expediciones de Pérez de Tudela!

Pérez de Tudela realizó muchas «escaladas», trazadas con sabiduría, hasta llegar a la cima. A veces la «escalada» se hacía a la tenue luz de la luna, pero siempre lejos, o ahuyentados «*los miedos de las noches veladores*»¹¹. La vida y la obra de Pérez de Tudela, que gira en torno a la «mística de las alturas» y al encanto de las «cimas», encierra todavía muchos tesoros para alumbrar las fuentes del *saber* y clarificar aspectos de la vida *mística*.

El conjunto de su historia es un fenómeno existencial, ignorado todavía en alguna de sus más importantes facetas. Aparte de sus cualidades humanas y de sus títulos académicos, hay que tener en cuenta que, como otras grandes figuras de nuestra época, es un humanista y excelente cronista de su historia: *De la Nada a la Vida, de la Vida a la Cumbre, y de la Cumbre al Misterio*. Su testimonio místico y existencial tiene —en parte su inspiración y sobre todo su refrendo en la autoridad del Doctor Místico—, San Juan de la Cruz.

¹⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poema de la Noche Oscura*, c. 8.

¹¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, c. 20.